



Mark Brunkow
www.markbrunkow.com.br

Sólo en ropa interior

La felicidad de estar casado con alguien a quien amas y en quien confías es como encontrar un puerto seguro en medio de los agitados mares de la vida. Es un sentimiento de plenitud que impregna todos los aspectos de la relación, desde los simples momentos cotidianos hasta los grandes logros compartidos.

La confianza mutua que se establece crea un vínculo inquebrantable, en el que los retos se afrontan juntos y las alegrías se multiplican. En este matrimonio de almas, cada gesto de afecto y apoyo se convierte en un recordatorio constante de que, traiga lo que traiga el futuro, hay un compañero a su lado para afrontarlo todo con amor y complicidad.

Así era como Jean, de treinta años, había estado viviendo su vida durante los últimos cuatro años y no podía estar más tranquilo. Casado con Ana, de veintisiete, creía que, tras unas cuantas malas relaciones, por fin había acertado.

Habían construido una buena vida, ambos tenían trabajos buenos y bien remunerados, Jean consultor de inversiones y Ana directora de marketing de una multinacional. Viajaban al extranjero de vacaciones todos los años, su vida sentimental era más que satisfactoria, una vida perfecta.

Tras un largo y agotador día de trabajo, Jean para el coche en el garaje de su casa, se dirige a la puerta, pero antes de abrirla oye un pitido de su teléfono móvil. Lo mira y ve un mensaje de su secretaria diciéndole que tiene que responder a un correo electrónico urgente.

Caminando mientras teclea, entra en la casa, se quita los zapatos, deja la llave del coche en el aparador y sube las escaleras hasta la suite de la pareja. Agarra el picaporte y tira hacia abajo, abriendo la puerta, sin dejar de mirar el móvil.

Antes de entrar, maldice en voz baja al corrector ortográfico de su móvil.

- Mañana estaré en RIO, no en CIO.

Entonces advierte una figura por el rabillo del ojo. Al mirar hacia delante, ve a un

hombre joven, guapo y muy en forma, de pie junto a su cama, en calzoncillos. Jean mira al hombre con asombro, y el hombre le devuelve la mirada con el mismo grado de asombro, pero con los ojos muy abiertos y la boca colgando.

Oyen la voz de Ana desde el interior del cuarto de baño. Los dos hombres giran la cabeza y miran dentro del cuarto de baño al mismo tiempo.

- Anderson, ¿ya estás vestido? - Irritado.

Se miran de nuevo.

Antes de que el hombre pudiera decir nada, Jean simplemente voló hacia él. Esperando un puñetazo, el hombre se limita a cerrar los ojos, esperando el dolor. Sin embargo, siente la mano de Jean cubriéndole la boca y le oye susurrarle al oído.

- Confirme que sí y no diga nada más.

El hombre asustado sólo obedece y murmura.

- Hurunn.

Entonces oyen cómo se abre el picaporte de la puerta del cuarto de baño.

Jean, el marido, corre al armario para esconderse.

Ana mira a su amante y dice enfadada.

- ¿Todavía llevas los pantalones? - enfadado.

Entonces se da cuenta de su extraño amante.

- ¿Estás bien? ¿Estás pálido? ¿Te sientes como si hubieras visto un fantasma?

El hombre sólo tartamudea.

- Estoy bien.

- Así que hombre arriba. Mi marido estará pronto en casa. VAMOS, VAMOS... - aplaudiendo.

Ana vuelve a entrar en el cuarto de baño y entonces oyen cómo se enciende la ducha.

Jean sale del armario en silencio. Mira al hombre y susurra.

- Estuvo cerca. Escucha, amigo, no le digas nada a Ana. Nunca me ha visto aquí, ¿entiendes? - mirándole fijamente.

El hombre se limita a asentir, asombrado.

- Qué bien. Creo que llego temprano. Lo siento. ¿Te basta con media hora para irte?

Una vez más, el hombre se limita a asentir.

- DE ACUERDO. Recuerda, ni una palabra de esto a Ana, te lo explicaré todo mañana.

Le da unas palmaditas en el trasero y sale de la habitación sin hacer ruido. Baja las escaleras deprisa pero sin hacer ruido, se pone los zapatos, coge la llave del coche, cierra la puerta sin hacer ruido, se sube al coche y vuelve cuarenta minutos más tarde, según lo acordado.

Cuando llega a casa esta vez, se asegura de no llevarse más sorpresas. Para el coche en el garaje y pulsa dos veces el botón de la alarma. Abre la puerta con fuerza y la cierra un poco más fuerte, haciendo ruido y gritando al entrar.

- AMOR, ¡ESTOY EN CASA! - mirando las escaleras.

Ana baja las escaleras, vestida con una bata, y al ver a su marido sonríe feliz. Se acerca a él y le da un beso largo y apasionado, mientras le aprieta la buda.

- Hola, amor. Te echo de menos. - Sonríe feliz. - Sube y date una ducha, prepararé algo de comer.

Jean se dirige a su habitación, aliviado al comprobar que todo sigue como siempre.

Ella me quiere

El peso del secreto inminente conlleva una angustiada dualidad, alimentada por la ansiedad y el miedo. Cada momento se convierte en una batalla interna entre la necesidad de mantener oculta la verdad y el miedo a lo que ocurrirá cuando finalmente salga a la luz.

La ansiedad se manifiesta como un zumbido constante en los oídos, una inquietud que nunca cesa, mientras que el miedo se cuele, sembrando semillas de duda y anticipación de lo desconocido. La mente se convierte en un escenario donde la batalla entre el deseo de revelar y la aprensión de lo que se revelará alcanza proporciones monumentales, oscureciendo el presente y arrojando sombras sobre el futuro.

Cada respiración está marcada por la sensación de estar al borde de un precipicio, con el secreto colgando sobre la cabeza como una espada. El miedo se cuele en cada pensamiento, resonando en la mente como un recordatorio constante del impacto potencial de la verdad.

La ansiedad se intensifica a medida que pasa el tiempo, convirtiendo cada interacción en una ocasión llena de tensión, cada mirada en una revelación potencial.

El secreto se convierte en una carga opresiva, que pesa sobre sus hombros y envenena cada momento de calma con la expectativa de lo inevitable.

A medida que se acerca la fecha de la revelación, la ansiedad y el miedo se entrelazan en una danza macabra, alimentándose mutuamente hasta que la única certeza es que la verdad, una vez revelada, lo cambiará todo.

Estos pensamientos seguían girando como un carrusel en la cabeza de Anderson mientras se paseaba de un lado a otro en su piso. No entendía lo que había pasado el día anterior, estaba seguro de que Ana nunca se lo contaría a su marido. Simplemente le aterrorizaba que su marido se enterara, así que él sabía que ella no podía haber dicho nada. La mera mención de la posibilidad de que su marido se enterara la sumía en la desesperación.

- ¿Qué demonios ha sido todo eso? - dice en voz alta, mirándose en el espejo.

Mark Brunkow

www.markbrunkow.com.br